

DIA TRES.

Los innumerables mártires de Zaragoza.

Los cristianos de Zaragoza en la persecucion de Diocleciano, á principios del siglo IV, ofrecieron á la Iglesia un muy agradable espectáculo en el ejemplo que dieron de constancia y de fidelidad hácia Jesucristo. Daciano, presidente de la España Citerion, idólatra desaforado y cruel, viendo que la matanza que habia hecho en los cristianos nobles, no disminuía el fervor y la constancia del pueblo, inventó una traza digna de su ferocidad, para de una vez acabar con los fieles que allí habia. Finjió dar licencia á los cristianos para que viviesen en su religion, con tal que todos juntos saliesen de Zaragoza á avendarse en otros lugares. Al mismo tiempo

puso fuera de la ciudad una emboscada de soldados que saliendo se echasen sobre ellos repentinamente y los pasasen á cuchillo. Cerraron tambien las dos puertas que miraban al Oriente, dejando abiertas las occidentales, para que saliendo los fieles mas juntos ejecutasen en ellos mas á su salvo esta carniceria.

Oido el pregon, resolvieron los cristianos dejar su casa y sus haciendas por no abandonar el tesoro de fé, y con grande alegría, cantando alabanzas á Dios, hombres y mujeres, viejos y niños, obedeciendo á la pública potestad comenzaron á salir por las puertas. Cuando todos estuvieron fuera de la ciudad, vino sobre ellos la pelea de la fé, y de la mano de Dios recibieron la fidelidad y el premio de ella, que es la corona que á los soldados leales de su milicia tiene guardada Cristo en el Cielo. Esta carniceria mirada con los ojos de la fé, alegra á la Iglesia, como decíamos, y á sus miembros los sanos y vivos llena de una envidia santa, y á los muertos ó enfermos avergüenza y confunde. Tras esta crueldad inventó otra el presidente. Para que los cristianos no recogiesen y sepultasen los cuerpos de aquellos mártires, como lo tenían de costumbre, les mandó quemar, y con ellos los de la gente facinerosa, que habia en las cárceles, con el fin de que se mezclasen unas cenizas con otras; pero Dios frustró el intento de Daciano. Del fuego salieron los cuerpos de los malhechores en la misma forma, y los de los mártires reducidos á una masa muy blanca; la

cual recogieron los fieles y ocultaron en el campo con el recato que cabia en tiempo de tan cruel persecucion. Allí estuvieron sin culto público, hasta que restituida la paz á la Iglesia en tiempo de Constantino, hácia los años 312, hicieron en el mismo sitio una capilla subterránea, y en ella los rolocaron junto con los 18 santos mártires de que hablamos el día 15 de abril. Hoy día se conserva esta capilla debajo de la Iglesia de Santa Engracia, como allí mismo se dijo. Muy de antiguo se llamó esta capilla la Iglesia subterránea de las santas Masas.

San Malaquías, obispo y confesor.

Nació en Irlanda, de padres muy distinguidos por su nobleza, pero la madre le escedia por sus grandes virtudes. Tomó esta señora á su cargo la educacion de su hijo, y aplicó el mayor cuidado en inspirarle las máximas de una piedad sólida, dejando á cargo de los maestros el cultivo de su entendimiento con las letras humanas; ella tomó al suyo el amoldarle el corazon con los principios de la relijion, y tuvo el consuelo de que el niño hiciese grandes progresos en la virtud y en las letras. La dulzura de su jenio ganó los corazones de todos, y se notaba en él la prudencia de un anciano, la pureza de un ángel, y la humildad de los santos. Sus mayores diversiones eran la oracion, el silencio, y el retiro. Comia poco; se mortificaba mucho, y se

ocupaba enteramente en la presencia de Dios. Iba algunas veces con su maestro á una casa de campo, y sola la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos del alma en su soberano autor. Al paso que iba creciendo en edad recibia de Dios luces mas vivas, que hicieron tanta impresion en su corazon, que al fin se resolvió á dejar el mundo.

Habia en la ciudad de Ardinaka un hombre, cuya vida penitente se hacia admirar de todos. Buscóle Malaquías, con el fin de que le enseñase alguna regla para su direccion y gobierno. Sentado humildemente á los pies de Imacio, cuyo nombre tenia su maestro, le enseñaba este á obedecer y obedecia: admiraban todos la penitencia de Imacio; pero fué mayor la admiracion, cuando supieron que el tierno Malaquías practicaba la misma. Movido de esto el obispo, le ordenó de diácono á pesar de su modestia, que se reputaba indigno de este ministerio. Entró en él por la vocacion de Dios, y le desempeñó con su gracia.

Imitó á San Esteban en las funciones del diácono, copió perfectamente su inocencia, celo y caridad. Era el agente de los pobres abandonados y el protector de las viudas y huérfanos, estendiéndose su caridad á enterrar á los difuntos con sus propias manos. A los veinticinco años, por orden de su director Imacio, recibió el orden sacerdotal, dispensado con él los cinco años que restaban, segun la costumbre de aquel tiempo. Luego le encargó el obispo anunciar la palabra de Dios, y lo hizo con tanto fruto que mudó de

aspecto toda la diócesis. Corrigió innumerables abusos, restituyó la disciplina eclesiástica, y con la pureza de costumbres restauró la fé en todo el obispado. Consiguió que en todas las Iglesias de la ciudad y del obispado se cantase el Oficio divino y horas canónicas en el tiempo señalado para ello; ejemplo que imitaron luego todas las ciudades de Irlanda.

Viendo Malaquías las bendiciones que derramaba el cielo sobre sus apostólicos trabajos, determinó visitar al obispo de Malech, que era uno de los mas virtuosos prelados de su siglo. Su tio, el abad de Benchot, movido de la santidad del sobrino, renunció en él su abadía, y el santo la aceptó por consejo de su director Imacio. Este monasterio fué el mas ejemplar y floreciente de toda Irlanda.

Dotóle tambien Dios con el don de milagros. A un albañil que trabajaba en la Iglesia nueva del monasterio, con solo abrazarle le curó de una mortal herida de un golpe de hacha. A un monje frenético, hizo el santo sobre él la señal de la cruz y quedó enteramente sano. Por muerte del obispo de Connerth, fué nombrado el santo su sucesor, y para vencer su repugnancia fué preciso valerse de la obediencia. Fué consagrado á los treinta años de su edad, y luego que tomó posesion de su silla reconoció en sus ovejas mas señales de jentiles que de cristianos; y como dice San Bernardo, mas venia á ser pastor de fieras que de hombres. Era su obispado una sentina de todos los vicios, y solo habia quedado

una sombra del cristianismo. El primer cuidado del santo pastor fué domesticar el rebaño con su mansedumbre y paciencia. Muchas veces fué despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida: pero su ardiente caridad lo vencia todo.

Cuando sus trabajos eran inútiles, acudia á las lágrimas que derramaba por ellos en la presencia de Dios. Pasaba todas las noches en oracion. Iba por las calles y plazas públicas buscando á los que huian de oír su voz en la Iglesia espuesto á la griteria de un pueblo brutal. Visitó todo su obispado á pie, imitando á otros santos prelados: y domesticó, en fin, la ferocidad de aquellos pueblos, que fueron poco á poco acostumbrándose á oír la voz de su pastor, haciéndose capaces de instruccion. Restableció el órden en todas las cosas, edificó Iglesias, y en menos de dos años mudó de semblante todo el país.

Habia entonces en Irlanda cuatro ó cinco reyes. El que le tocó al santo entró en su obispado, se apoderó de la ciudad episcopal, y asoló toda la campiña. San Malaquías se vió tambien precisado á refugiarse con ciento y veinte de sus monjes á los estados del rey de Momonía. Recibióle el piadoso monarca bajo su proteccion con el mayor gozo, y le consiguió cierta posesion, con el dinero suficiente para que fundase un monasterio, que se llamó despues de Brachi, para él y todos sus monjes. Algunas veces se retiraba á él el mismo monarca, para pensar en el negocio de su salvacion, bajo la direccion de nuestro

santo, preciándose de ser su discípulo. En este tiempo Célso, arzobispo de Armach, privado de Irlanda, hallándose cercano á la muerte declaró al pueblo y al clero que solo el obispo Malaquias era digno de sucederle. Todos aplaudieron los deseos del prelado, y contra su voluntad fué colocado en la silla primarcial de Irlanda. Fué necesario para que la aceptase toda la autoridad de Jilberto, legado de la santa sede, que le amenazó con excomunion.

Esta silla habia sido hereditaria en cierta familia, y sabiendo que uno de ella, llamado Mauricio, que se soñaba arzobispo, se portaba como tal; añadió á su aceptación dos condiciones: la primera, que no habia de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese ó se retirase el usurpador: la segunda, que si con el tiempo se restituia la paz y tranquilidad en el arzobispado, se habia de colocar en él á otro mas digno y que él se retiraria á vivir y cuidar de su primera esposa. Con la presencia del nuevo prelado, aboliéronse los abusos, establecióse el culto divino, reformóse el clero, y volvió á florecer la religion y piedad en toda la Isla. Confirmó Dios la virtud de su siervo con muchos milagros.

Viendo San Malaquias que todo estaba tranquilo, pensó en poner en ejecucion la segunda condicion con que aceptó el arzobispado. Convocó al clero y al pueblo, hizo formal dimision, y fué elegido un sujeto muy digno llamado Jelasio. Luego se restituyó el santo á Downe, diócesis menos considerable, donde fundó una cate-

dral de canónigos reglares, cuyo superior quiso ser él mismo. Para proceder con el mayor arreglo, resolvió pasar á Roma para negociar con el papa, á fin de que confirmase todo lo que habia hecho, así en la metrópoli de Armach, como en la division de los dos obispados de Connerth y Downe. Partió á pie y en secreto, evitando el ser conocido. Al pasar por Francia quiso tener el consuelo de conocer á San Bernardo, cuya familia habia llegado hasta Irlanda. Dirijióse á Claraval, y fué recíproca la admiracion y alegría. Contrajeron los dos santos tan grande amistad, que hizo desde luego ánimo San Malaquias de renunciar su obispado y retirarse para pasar allí el resto de su vida.

Salió con gran dolor de aquel santo monasterio, y llegó á Roma, donde le recibió el papa Inocencio II; confirmóle todo cuanto le propuso: pero no admitió la renuncia del obispado, y le nombró legado de la santa sede en toda la Irlanda. Púsole el papa su tiara en la cabeza; le regaló con la estola y manipulo de que usaba su santidad en los dias solemnes, y colmándole de honores lo volvió á enviar á su Iglesia. Pasó segunda vez el santo á Claraval, donde no le fué posible quedarse; pero dejó allí cuatro discípulos suyos los mas queridos, para que viviesen bajo la direccion de San Bernardo, y se ausentó con un oculto presentimiento de que habia de morir en aquel monasterio. Arribó á Escocia el santo obispo, y fué al rey á besar la mano. Estaba el principe su hijo peligrosamente enfermo,

hizo oracion por él, y recuperó al punto la salud. Embarcóse para Irlanda, y fué á tomar tierra en el monasterio de Bencor.

Era tan de su agrado la pobreza, que jamás tuvo palacio episcopal. Predicaba á sus pueblos con el mayor fervor; y á ejemplo del apóstol ganaban él y sus coadjutores el sustento con el trabajo de sus manos. Dios le concedió la gracia de obrar prodijios en todas especies: daba vista á los ciegos, habla á los mudos, libraba á los enérgúmenos, sanaba á los frenéticos y curaba las almas y los cuerpos.

Deseaba nuestro santo dos cosas: la primera, morir en Claraval, y la segunda, que fuese en el dia de la Commemoracion de los difuntos. Ambas las consiguió. Fué necesario pasar segunda vez á Roma por los negocios de su legacia, y habiendo celebrado un concilio de los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegó á Claraval, y le salió á recibir San Bernardo, con todo el gozo que correspondia al mútuo amor que se profesaban, aunque se hallaba muy débil y convaleciente de una grave enfermedad. Abrazáronse tiernamente los dos santos; todos los monjes tuvieron parte en el gusto de su santo abad, y pasaron cuatro ó cinco dias en regocijo universal. El dia de San Lucas cantó misa de pontifical, y despues cayó enfermo, sucediendo el dolor al regocijo. Todos acudieron á asistirle. Tomaba cuanto le daban, pero sabia que aquella era su última enfermedad. Pidió la Estrema Uncion, y recibidos los Sacramentos vol-

vió á su celda, porque habia bajado á la Iglesia buscando la Comunidad.

Agravóse el mal por la noche: mandó llamar á San Bernardo, y vuelto á los circunstantes, les dijo: «Mucho he deseado celebrar con vosotros esta Pascua. Doy mil gracias á la bondad de mi Dios, porque se dignó cumplirme estos deseos. Cuidad vosotros de mí, que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros.» Levantando despues los ojos al Cielo dijo: «Guardadlos, Señor, en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.» Así murió el santo obispo Malaquías, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el lugar y dia que habia deseado. Fué conducida al Cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en las manos de San Bernardo y de sus hijos. Su muerte parecia un dulce sueño; el rostro recuperó un vivísimo color; cesaron las lágrimas, y el gozo y consuelo se apoderó de todos los corazones. Celebráronse los funerales, y se cantó con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron habia un mozo paralítico de un brazo. Mandóle acercar San Bernardo, tomóle la mano, y la tocó á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! Al punto se le restituyó á su estado natural, porque todavia se hallaba en el difunto la gracia de la salud.

MARTIROLOGIO.

El glorioso tránsito de San Quarto, discípulo de los apóstoles.

Los santos mártires Germano, Teófilo, Cesáreo y Vital, en Cesarea de Capadocia: los cuales en la persecucion de Decio padecieron valerosamente el martirio.

Los innumerables santos mártires, en Zaragoza de España, que con admirable constancia dieron la vida por Jesucristo en tiempo de Daciano, presidente de España.

Los santos mártires Valentin, presbítero, é Hilario, diácono, en Viterbo, los cuales en la persecucion de Maximiano fueron precipitados en el Tiber con una gran piedra atada al cuello; pero habiéndolos sacado milagrosamente un ángel fueron degollados, recibiendo la corona del martirio.

Santa Wenefrida, virgen y mártir, en Inglaterra.

San Malaquías, obispo de Cenereth, en Hibernia, en el monasterio de Claraval, quien floreció en muchas virtudes: escribió su vida San Bernardo abad.

San Huberto, obispo de Tongres, en el mismo dia.

San Domno, obispo y confesor, en Viena.

San Pirmino, obispo de Meaux, idem.

San Ermengando (ó Ermengol), obispo, en Urgel, en España.

Santa Silvia, madre de San Gregorio, papa, en Roma.

La Misa es en honor de los santos mártires, y la oracion la siguiente.

Pon los ojos, Señor, en esta tu familia; y concédele que fortalecida con la intercesion de los

innumerables santos mártires, sea preservada de toda culpa. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se tuvo por desgracia su muerte, y por desastre el separarse de nosotros: mas ellos están en paz. Y si en presencia de los hombres padecieron tormentos, su esperanza está llena de la inmortalidad. Por ligeras aflicciones les serán dados grandes bienes, porque Dios les tentó y los halló dignos de sí. Los probó como oro en la ornila, y los recibió como víctimas de holocausto, y á su tiempo se volverá á mirarlos. Resplandecerán los justos, y discurrirán como centellas por entre las cañas. Juzgarán las naciones y serán señores de los pueblos, y reinará el Señor de ellos eternamente.

El Evangelio es del cap. 5 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos: Lo que os mando es, que os ameís unos á otros. Si el mundo os aborrece sabed que antes me aborreció á mí que á vosotros. Si fuérais del mundo, amaría el mundo lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, yo os he entresacado del mundo; por eso os aborrece el mundo. Acordeaos de aquella palabra mia que yo ós dije: No

es mas grande el siervo que su Señor. Si me han perseguido á mí, á vosotros tambien os perseguirán: si han guardado mis palabras, tambien guardarán las vuestras. Pero harán con vosotros todas estas cosas por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera yo venido y habládoles, no tendrían pecado: mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí aborrece tambien á mi Padre. Si no hubiera hecho yo en ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; mas ahora ellos las han visto, y me aborrecen á mí y á mi Padre, para que se cumpla lo que en la ley de ellos está escrito: Aborrecieronme sin causa.

REFLEXIONES.

¡Oh qué bien está el que está en manos de Dios! ¡Qué estancia tan dichosa! pues esta es la de los justos. Amenace la tormenta, intime estragos y terrores el estruendo de los truenos, el justo está al abrigo, su alma está en manos de Dios; ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos y estremece á los mas intrépidos; pero como la muerte de los justos es preciosa en los ojos de Dios, la ven venir no solo sin susto, sino es con alegría: porque la miran no como suplicio, sino como premio, que los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

MEDITACION.

De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Jesucristo.

Punto primero. Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa que abnegacion y renuncia de cuanto mas se ama en el mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no podemos ser discipulos de Jesucristo. Y segun esta idea, ¿tendrá Cristo en el dia muchos discipulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y espreso. Cuando se atraviesan los intereses de Dios es menester renunciar la carne, la sangre y á sí mismos so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta su misma persona, no puede ser mi discipulo. ¿Pero esta moral es muy de nuestro gusto? ¿se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofia? ¡Oh mi Dios, y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos!

Punto segundo. Considera en que grosero y en que pernicioso error incurriria una persona que oyendo al Salvador estas palabras: el que viniere á mí y no aborreciere al padre, á la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discipulo, se persuadiese que podia ser verdadero discipulo de Cristo, sin tener este odio san-

to, amándose únicamente á sí mismo, no dando en su corazón lugar á otro objeto que á sus gustos y á sus propios intereses. Pero ¡ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, que por nuestra conveniencia y por nuestros intereses sacrificamos nuestra salvación y los intereses de Dios.

Vos, Señor, que me mandais que ame á mis prógimos, así mismo me mandais que me aborrezca. Dadme este santo odio de la carne y la sangre, y no permitais olvide jamás, que no es digno de vos aquel que ama á otra cosa que á vos.

JACULATORIAS.

Señor, no podré amaros ni serviros, sino me abrazo con vuestra cruz, y no me aborrezco por amaros á vos solo. (*Exod. 4.*)

Ni en el cielo, ni en la tierra amé á otra cosa que á vos, Dios de mi alma. (*Psalm. 72.*)

PROPÓSITOS.

Comienza desde este día á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazón, de manera que para mantenerle en él estés dispuesto á sacrificar tus bienes, tus parientes, tus amigos, y hasta tu misma vida. Para esto toma una

firme resolución de no emprender cosa alguna, sin consultar primero con Dios. No te fies de tu sola razón, porque el amor propio ciega. No te determines á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y celoso director.

DIA CUATRO.

San Carlos Borromeo, Cardenal y
Arzobispo de Milan.

ESTE ilustre espejo de prelados, de la noble familia de los Borromeos, nació en Arona el día 2 de octubre del año de 1538, siendo sumo pontífice Paulo III, y emperador Carlos V que se había apoderado del Milanés. La noche que nació, los soldados que hacían la centinela vieron iluminado todo el castillo con una resplandeciente luz, presajio de la santidad que aquel niño había de tener despues: desde su tierna infancia le previno Dios con todas las bendiciones de dulzura. Huía de aquellos niños inmodestos y traviesos, siendo su diversion hacer altares, adornarlos, y remedar las ceremonias de la Iglesia: manifestó luego su inclinacion al estado eclesiástico, y habiéndole conferido la primera tonsura, renun-

ció en él su tío César Borromeo la abadia de San Gratiniano y San Felino. Luego advirtió el niño á su padre que las rentas eclesiásticas no se podían emplear en la manutencion de la casa, y tomando el niño la administracion la dividió en tres partes. La una para su moderado sustento; la segunda para el adorno de su Iglesia, y la tercera para los pobres.

Enviáronle á Pavia para acabar sus estudios, y aunque reinaba mucho desórden en aquella ciudad, supo Carlos adelantarse en las letras sin perjuicio de la virtud. Recurrió á la oracion, penitencia, frecuencia de Sacramentos, y puso en manos de María Santísima el tesoro de su castidad. La proteccion de esta Señora le fué muy necesaria; porque con ella venció varias acechanzas, y el fuego de la tentacion solo sirvió para purificar mas el oro de esta preciosa virtud. Habiendo sido creado papa el cardenal de Médicis su tío, con el nombre de Pio IV, le dió el capelo de cardenal con el arzobispado de Milan, y le encargó los principales negocios, que desempeñó con la mayor integridad, solicitando sobre todo la conclusion del Concilio de Trento.

Consiguió en fin licencia para retirarse á su Iglesia, donde fué recibido con magnificencia. Predicó el domingo siguiente, y tomó por testo aquellas palabras: *Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros*. No era muy elocuente, pero era santo y obispo, y sus palabras hacían gran mocion en los corazones. Convocó un concilio provincial, en el que arregló la vida de los obis-

pos, de los sacerdotes, gobierno de las parroquias, administracion de Sacramentos, y algunos estatutos acerca de las religiosas. Concurrían á Milan de todas partes con esta novedad, y causaba admiracion ver á un cardenal en la flor de sus años subir al púlpito con frecuencia, administrar los Sacramentos, negarse á todas las diversiones por desempeñar la dignidad episcopal. Sobre este asunto escribió un breve el papa á su sobrino, con espresiones del mayor cariño. Renunció el santo todos los beneficios que tenia, cuyas rentas ascendían á cerca de ocho mil ducados: poco acostumbrado el mundo á semejantes rasgos de jenerosidad, apenas lo podia creer; pero lo vió, y lo admiró.

Emprendió como buen pastor la visita de los valles de los Suizos, para buscar las ovejas descarriadas, y le veían todos caminar á pie, sufriendo el hambre, la sed, y todas las injurias del tiempo. Como solo deseaba la salvacion de las almas, le eran á precio de estas muy estimables los trabajos. El Cielo le infundía lijereza de cervo para trepar los mas altos peñascos, y buscar entre los precipicios alguna oveja perdida. Trataba á los rebeldes con dulzura, y les mostraba tal amor que ganaba su confianza, y con esta le franqueaban el corazon. Convirtió á muchos herejes, sacándolos de las tinieblas del error. Como gustaban tanto de verle, le seguían de aldea en aldea y de choza en choza, atraídos de la fragancia de su santidad.

Estableció en la catedral de Milan la devocion

de los eclesiásticos, la magnificencia de los ornamentos, y el esplendor en las ceremonias de la Iglesia. Erijó muchos seminarios, y fundó un colegio para la nobleza, cuyos estatutos caracterizan la prudencia del santo fundador. Instituyó muchos piadosos gremios muy útiles á su Iglesia, manifestando en estos establecimientos los excesos de su caridad.

Reformó la orden de los franciscanos y humillados, y por la reforma de estos fué asalariado un asesino para quitar la vida al santo. Estaba rezando el santo cardenal con su familia en la capilla: entró el asesino, y le disparó un carabino casi á boca de cañon. Llegó la bala á la carne, y en la superficie de ella quedó aplastada; penetró el mantelete, roquete y vestidos, hasta el mismo cutis; pero el santo prosiguió rezando tan sereno como si nada hubiera sucedido. Alborotóse la ciudad, prendieron al reo, y aunque el santo hizo las mayores instancias para que se le perdonase la vida, fué castigado como merecia: el papa abolió el orden de los humillados. Aflijó Dios la ciudad de Milan con el azote de la peste, y entonces manifestó el santo los excesos de su celo y caridad, mirando la muerte como corona suya. Padecia como buen pastor el quebranto de sus ovejas, andaba de dia y noche por las calles distribuyendo limosnas y administrando Sacramentos.

Manifestaba en su semblante la alegria de los santos. Consolaba á unos, animaba á otros, y no se saciaba la jente de verle. Administró el Viático

á uno de sus curas, herido de la peste, la que no tocó al santo, sirviéndole de escudo su misma caridad. Aumentó sus penitencias, como si aquella epidemia del rebaño fuese castigo de las culpas del pastor. ¡ Cuántas veces se ofreció á Dios para que descargase sobre él todo el peso de su cólera! Para aplacarla instituyó procesiones jenerales, las que presidia el santo con una soga al cuello y los pies descalzos. Mientras duró este azote del Cielo visitó las parroquias de su diócesis. Estaba en continuo movimiento, dormía poco, y comía á caballo para no perder tiempo. En fin, compadecida la divina piedad del pastor y del rebaño, restituyó la serenidad y admitió gustosa el sacrificio de su amor. Vivió otros siete años despues de la peste, y nunca se reconoció en él flaqueza ni timidez. Decia que el obispo que cuidaba mucho de su salud, no podia cumplir bien con su ministerio: que á un obispo nunca le puede faltar que trabajar, con lo que reprendió severamente á un prelado que le parecia estar desocupado teniendo sobre si el cuidado de tantas almas. Aconsejando la residencia á un cardenal, y escusándose este con la corta estension de su obispado, le replicó el santo que una sola alma merecia la presencia de su obispo, por mas elevada que fuese su dignidad. Se retiró el santo arzobispo al monte Voral, donde hizo unos ejercicios, siendo su director el P. Adorno. Hizólos con gran fervor, como que conocia le habian de servir de preparacion para la muerte.

Sus oraciones, penitencias y ayunos rindie-

ron las fuerzas del cuerpo. Cayó enfermo; pero disimuló la primera calentura, y por orden de su director moderó sus penitencias y mortificaciones. Luego que se restituyó á Milan se redobló la fiebre, y dijeron los médicos al P. Adorno, que era preciso intimar al cardenal que se preparase para morir; noticia que recibió con gran gusto, por haber vivido tan santamente, y lavado por una confesion jeneral las menores manchas en la sangre del Cordero. Pidió el santo Viático, ¿pero con qué devocion le recibió? ¡Cuáles fueron sus deliquios amorosos á vista de aquel Dios, que por el amor que nos tiene, quiere ser el Dios de las gracias, antes de ser el juez de los hombres! Para administrarle la Estrema-Union, y deseando morir como penitente, mandó le tendiesen sobre un silicio cubierto de ceniza bendita. En este aparato de penitencia entró en una apacible agonía que duró algunas horas, y despues fué á recibir en el Cielo el premio de sus trabajos á los cuarenta y siete años de su edad, el sábado 3 de noviembre de 1584. Publicada su muerte en Milan, todos le lloraron como á su padre comun: hiciéronle magníficos funerales, celebró la Misa el cardenal Sfrondati, y predicó el P. Panigarola, interrumpiendo su elocuencia las lágrimas del auditorio. Glorificó el Señor al santo cardenal con tantos milagros, que primero le canonizó la voz del pueblo, y el papa Paulo V le puso en el catálogo de los santos el dia primero de noviembre de 1601, mandando que el dia 4 del mismo mes se celebrase su fiesta.

Luego que el papa Gregorio XIII tuvo noticia de su muerte, exclamó: *Apagóse la lumbre de Israel.*

MARTIROLOGIO.

San Carlos Borromeo, cardenal, obispo de aquella ciudad; en Milan, al cual por su esclarecida santidad y milagros canonizó Paulo V.

Los santos mártires Vital y Agrícola, en Bolonia, el primero siendo esclavo del segundo, llegó después á ser compañero suyo en el martirio: atormentáronle los perseguidores con tal crueldad, que su cuerpo quedó enteramente cubierto de llagas: lo que sufrió con la mayor constancia, y orando entregó su alma á Dios. A Agrícola dieron la muerte enclavado en una cruz, con muchísimos clavos. San Ambrosio, que se halló presente á la traslación de estos santos, refiere que recogió los clavos del mártir, su sangre vencedora y la cruz en que murió, y que lo depositó todo debajo de los sagrados altares.

El tránsito de los santos Filólogo y Patroba, discípulos del apóstol San Pablo, el mismo día.

San Próculo, mártir, en Auton.

San Claro, presbítero y mártir, en una aldea de Vexin.

San Porfirio, mártir, en Efeso, en tiempo del emperador Aureliano.

Los santos mártires Nicandro, obispo, y *Hermas*, presbítero, siendo presidente Libanio, en Mira, en Licia.

El tránsito de San Piero, presbítero de Alejandria, el mismo día, el cual fué muy versado en las santas Escrituras, y de vida muy inocente y propia de un filósofo cristiano: en tiempo de los emperadores Caro y Diocleciano, gobernando Teonás la Iglesia de Alejandria, enseñó al pueblo con mucho fruto y escribió va-

rios tratados; finalmente luego que cesó la persecucion se fué á Roma, donde acabó en paz el resto de su vida.

San Amancio, obispo, en Rodez, en Francia; cuya vida fué gloriosa en santidad y en milagros.

San Joanicio, abad, en Bitinia.

San Emerico, confesor, en Alba Real, en Hungría, hijo de San Esteban, rey de los húngaros.

San Felix de Valois, en el monasterio de Cerfroi, diócesis de Meaux, fundador del orden de la SS. Trinidad, Redencion de Cautivos, cuya fiesta se celebra el día 20 de este mes por decreto de Inocencio XI.

Santa Modesta, virgen, en Tréveris.

La Misa es en honor de San Carlos, y la oracion la que sigue.

Guarda, Señor, á tu Iglesia con la continua proteccion de tu confesor y pontífice San Carlos; para que pues á él le hizo glorioso la solicitud pastoral, su intercesion nos haga siempre fervorosos en tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap 44 del Eclesiástico.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus días agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la ira fué hecho reconciliacion. Nadie se halló semejante á él en el cumplimiento de la ley del Altísimo. Por tanto con juramento le hizo el Señor crecer en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las jentes, y confirmó su concierto sobre la cabeza de él. Le reconoció con sus bendi-

ciones : conservóle su misericordia, y halló gracia ante los ojos del Señor. En presencia de los reyes le engrandeció, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él un concierto eterno, y le dió el sumo sacerdocio : colmóle de honra y de la gloria para que fuese sacerdote, y fuese alabado en su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, cuyo olor le fuese agradable.

El evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola : Un hombre habiendo de partirse lejos de su país, llamo á sus siervos, y les entregó sus bienes. Y á uno le dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada uno segun su disposicion, y partió al punto. El que habia, pues, recibido cinco talentos, fué y comerció con ellos, y ganó otros cinco : y lo mismo el que habia recibido dos ganó otros dos ; mas el que habia recibido uno, fué y le enterró en un hoyo, y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y les tomó cuenta ; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le presentó otros cinco talentos, diciendo : Señor, cinco talentos me entregaste : hé aquí otros cinco que he granjeado. Dijole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel, porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré ; entra en el gozo de tu señor. Y llegando tambien el que habia recibido dos talentos, dijo : Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas

que he granjeado. Dijole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel ; porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondre ; entra en el gozo de tu Señor.

REFLEXIONES.

Confríele el gran sacerdocio, colmóle de felicidad y de gloria para que hiciese todas las funciones con dignidad, cantáse las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo su gloria en nombre suyo y ofreciese á Dios incienso digno de su grandeza en olor de suavidad. Tal debe ser la pureza de costumbres, la virtud y la santidad de aquel á quien escogia Dios como á Aaron para el sagrado ministerio. Pedia Dios grande inocencia y grandes virtudes á los sacerdotes de la ley antigua, no obstante que, por decirlo así, no eran mas que figuras de la ley nueva. ¿Pues cuál deberá ser la virtud de estos? ¿cuál su perfeccion?

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

Punto primero. Considera cuanto será el dolor, la rabia y la desesperacion de un infeliz condenado, cuando por toda la eternidad esté invenciblemente conociendo que él mismo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué por su culpa ; si se condenó, fué porque le dió gana de condenarse ; si se condenó, fué porque

no quiso ni se le antojó corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste de su salvacion; no le habia escludido este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió, padeció y murió por él como por los predestinados; merecióle, y le comunicó todos los auxilios suficientes para ser santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de un desesperado dolor para todos los condenados. ¡Mi Dios, qué dolor eterno! ¡Qué eterna desesperacion! ¡haber trabajado en su propia pérdida! ¡deberse á sí mismo su condenacion!

Punto segundo. Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Pues cuáles serán sus amorosos, sus agradecidos afectos á este divino Salvador! Pero tampoco hay condenado en el infierno que no conozca y no esté convencido de que este divino Salvador jamás le negó su gracia, y que él, por pura malicia suya, no quiso seguir aquella inspiracion, obedecer aquel mandamiento, privarse de aquel falso gusto que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce á los hombres á la vida. ¡Qué furiosos movimientos de odio, de rábía y desesperacion contra sí mismo no le escitará este claro conocimiento!

Mi Dios, pues me dais tiempo para tener provista aquella desesperacion, dadme gracia para precaverlar, os lo pido por los méritos de mi Señor Jesucristo,

JACULATORIAS.

Conozco, Señor, mis pecados, me arrepiento de ellos, y perpétuamente los tendré en la memoria para detestarlos. (*Psalm. 50.*)

Justo sois, Señor, aun quando con mas rigor nos castigais; ni á nosotros nos resta mas que la confusion y el dolor de habernos perdido solo porque nos quisimos perder. (*Dan. 9.*)

PROPOSITOS.

Todo pecado mortal le has de considerar como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un género de titulo que te asegura una desventurada eternidad. ¡Cuántas piadosas industrias discurrieron los santos para tener siempre delante de los ojos esta importante verdad! Unos al verse acometidos de las mas fuertes tentaciones escribian estas palabras; *si cometo este pecado, consiento en ser condenado.* y otros en fin se hacian familiares este pensamiento y esta verdad tan importante. Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desdicha de condenarme.